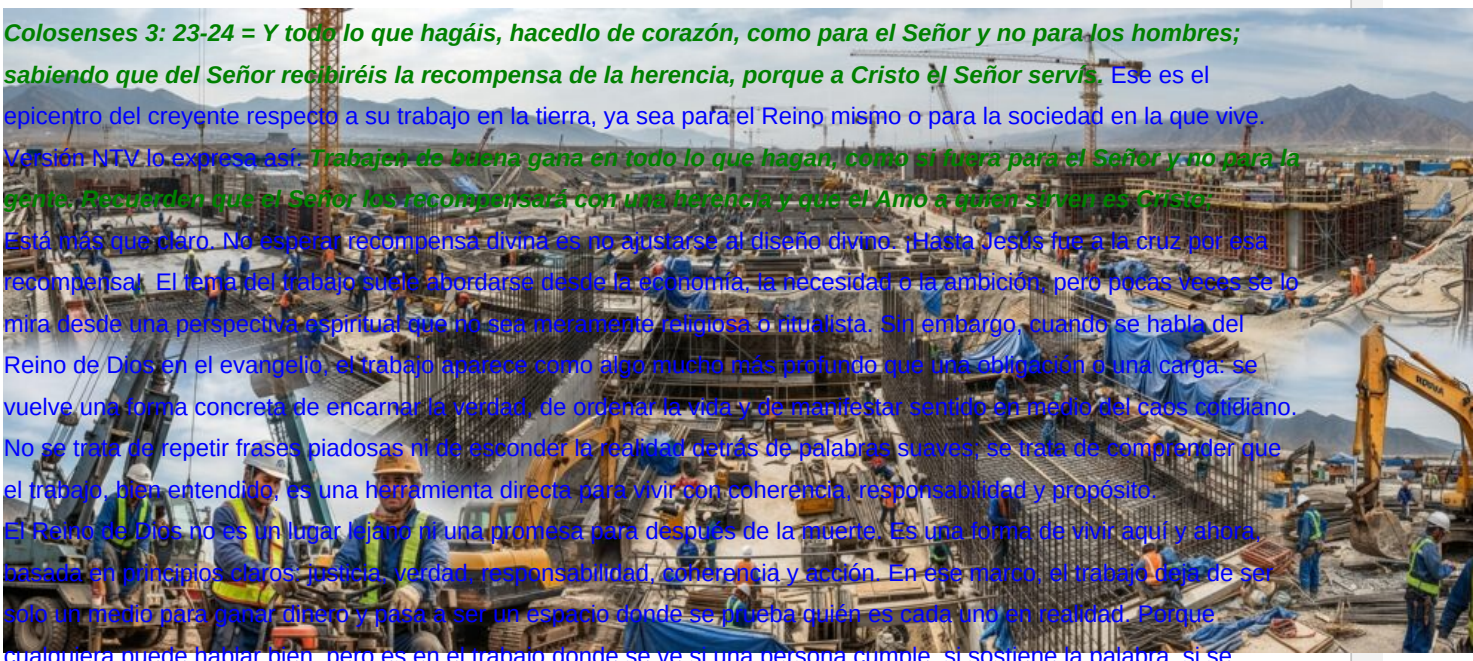
27 – Trabajo

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***



Colosenses 3: 23-24 = Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Ese es el epicentro del creyente respecto a su trabajo en la tierra, ya sea para el Reino mismo o para la sociedad en la que vive. Versión NTV lo expresa así: ***Trabajen de buena gana en todo lo que hagan, como si fuera para el Señor y no para la gente. Recuerden que el Señor los recompensará con una herencia y que el Amo a quien sirven es Cristo.***
Está más que claro. No esperar recompensa divina es no ajustarse al diseño divino. ¡Hasta Jesús fue a la cruz por esa recompensa! El tema del trabajo suele abordarse desde la economía, la necesidad o la ambición; pero pocas veces se lo mira desde una perspectiva espiritual que no sea meramente religiosa o ritualista. Sin embargo, cuando se habla del Reino de Dios en el evangelio, el trabajo aparece como algo mucho más profundo que una obligación o una carga: se vuelve una forma concreta de encarnar la verdad, de ordenar la vida y de manifestar sentido en medio del caos cotidiano. No se trata de repetir frases piadosas ni de esconder la realidad detrás de palabras suaves; se trata de comprender que el trabajo, bien entendido, es una herramienta directa para vivir con coherencia, responsabilidad y propósito.
El Reino de Dios no es un lugar lejano ni una promesa para después de la muerte. Es una forma de vivir aquí y ahora, basada en principios claros: justicia, verdad, responsabilidad, coherencia y acción. En ese marco, el trabajo deja de ser solo un medio para ganar dinero y pasa a ser un espacio donde se prueba quién es cada uno en realidad. Porque cualquiera puede hablar bien, pero es en el trabajo donde se ve si una persona cumple, si sostiene la palabra, si se adapta a la realidad sin traicionar lo esencial. El evangelio no muestra a Jesús como alguien aislado del mundo, sino como alguien profundamente involucrado en la vida concreta. Antes de enseñar, trabajó. Y durante su ministerio, su mensaje siempre estuvo conectado con acciones prácticas: sembrar, construir, administrar, servir. No hay contradicción entre lo espiritual y lo laboral; la contradicción aparece cuando se separa la palabra de la acción. Por eso, **el trabajo es una prueba constante de autenticidad.** Desde un plano ideológico objetivo, el trabajo organiza la vida individual y social. Sin trabajo, no hay producción; sin producción, no hay sustento; sin sustento, no hay estabilidad. Pero desde un plano espiritual, el trabajo también organiza la mente y el carácter. Obliga a ordenar prioridades, a enfrentar límites, a resolver problemas. Y ahí aparece un punto clave: el trabajo no es solo lo que uno hace, sino ***cómo*** lo hace.
Una persona puede tener un empleo humilde y vivirlo con dignidad, responsabilidad y excelencia, o puede tener una posición alta y actuar con negligencia, egoísmo o mediocridad. El Reino de Dios no mide el trabajo por el cargo, sino por la fidelidad en lo pequeño. Esa idea es directa y sin vueltas: si alguien no es confiable en lo mínimo, no lo será en lo grande. Esto no es un castigo ni una regla arbitraria; es simplemente cómo funciona la realidad. En la práctica, esto implica algo concreto: hacer bien lo que se tiene delante, aunque no sea lo ideal. Muchas personas quedan atrapadas en la queja permanente porque su trabajo no coincide con sus deseos. Pero el evangelio plantea otra lógica: primero se responde con integridad a lo que hay, y desde ahí se abren nuevas posibilidades. No es resignación, es estrategia espiritual aplicada a la vida real. El trabajo también confronta el ego. Obliga a reconocer que no todo depende de uno, que hay procesos, tiempos, otros actores. En ese sentido, trabajar bien requiere humildad, pero no una humildad pasiva, sino activa: **aprender, corregir, escuchar, mejorar.** Esto es clave porque el orgullo mal entendido bloquea el crecimiento. Una persona que cree que ya sabe todo se estanca; una que se mantiene abierta, evoluciona. En una época me tocó trabajar en equipo. Pude hacerlo con efectividad, pero confieso que me resultó mucho más complejo que trabajar

individualmente. Ahora bien, hablar de trabajo desde el Reino de Dios no significa romantizar el esfuerzo ni justificar abusos. Hay trabajos injustos, condiciones indignas y estructuras que explotan a las personas. Negarlo sería ingenuo. Pero incluso en esos contextos, la respuesta espiritual no es la pasividad ni la victimización permanente, sino la búsqueda inteligente de alternativas, la construcción de caminos y la firmeza interior para no corromperse.

Aquí aparece un recurso práctico importante: separar lo que depende de uno de lo que no. Esta distinción es simple, pero poderosa. Lo que depende de uno —actitud, responsabilidad, aprendizaje, disciplina— debe ser trabajado con excelencia. Lo que no depende —decisiones externas, contextos económicos, acciones de otros— debe ser gestionado con realismo, sin gastar energía inútil en la queja constante. Otro punto central es la palabra. En el evangelio, la palabra no es solo discurso; es compromiso. “Sí” significa **sí**, y “no” significa **no**. En el trabajo, esto se traduce en algo muy concreto: cumplir lo que se promete. Parece básico, pero no es común. Muchas relaciones laborales se deterioran no por falta de capacidad, sino por falta de confiabilidad. La persona que cumple, que sostiene su palabra incluso cuando cuesta, se vuelve valiosa más allá de su rol específico. El trabajo también revela la relación con el tiempo. Vivimos en una cultura que busca resultados rápidos, pero el Reino de Dios funciona con procesos. **Sembrar, cuidar, esperar, cosechar.** No hay atajos reales. Esto no significa lentitud innecesaria, sino respeto por los tiempos de desarrollo. Aplicado al trabajo, implica constancia, paciencia y visión a largo plazo. La improvisación permanente puede dar resultados momentáneos, pero no construye nada sólido. En cuanto a la adaptación, el trabajo exige flexibilidad sin perder identidad. Las circunstancias cambian, los contextos se transforman, las exigencias evolucionan. Una persona rígida se quiebra; una completamente adaptable sin principios se diluye. El equilibrio está en mantener valores firmes mientras se ajustan las formas. Esto es profundamente espiritual porque implica discernimiento: saber qué es esencial y qué es secundario. Un recurso práctico para esto es hacerse preguntas simples pero directas: ¿Esto que hago aporta valor real? ¿Estoy siendo honesto? ¿Estoy creciendo o repitiendo hábitos que no sirven? Estas preguntas evitan la automatización de la vida laboral y mantienen despierta la conciencia. También es importante entender que el trabajo no define el valor de una persona, pero sí expresa su forma de vivir. Esto libera de la presión de “ser alguien” según estándares externos y enfoca en “ser coherente” con lo que uno cree. Desde el Reino de Dios, la identidad no depende del éxito visible, sino de la fidelidad interna. Sin embargo, esta fidelidad no es pasiva. Impulsa a mejorar, a innovar, a buscar soluciones.

El evangelio no promueve mediocridad disfrazada de humildad. Al contrario, llama a multiplicar lo recibido, a desarrollar capacidades, a generar impacto. Esto tiene una traducción directa en el trabajo: aprender nuevas habilidades, optimizar procesos, aportar ideas, no conformarse con hacer lo mínimo. Otro aspecto clave es la relación con los demás. El trabajo casi siempre implica interacción: compañeros, jefes, clientes. Aquí se pone a prueba la capacidad de respeto, comunicación y manejo de conflictos. El Reino de Dios propone tratar a los demás con justicia, no con favoritismo ni desprecio. Esto no significa ser ingenuo ni permitir abusos, sino actuar con claridad y firmeza sin caer en la agresión innecesaria. Un recurso útil en este punto es diferenciar entre personas y comportamientos. Se puede rechazar una actitud sin desvalorizar a la persona. Esto permite sostener relaciones más sanas y evitar conflictos destructivos.

Finalmente, el trabajo, visto desde esta perspectiva, se convierte en un espacio de transformación continua. No porque sea fácil, sino precisamente porque presenta desafíos reales. Cada dificultad es una oportunidad para ajustar, aprender y fortalecer el carácter. Esto no es un discurso optimista vacío; es una forma concreta de enfrentar la realidad sin negarla. El respaldo bíblico de esta visión no está en frases aisladas, sino en una línea coherente: la fe sin acción es estéril, la palabra debe hacerse vida, lo pequeño importa, la fidelidad es clave, y el fruto se ve en los hechos. Traducido al lenguaje del trabajo: hacer, sostener, mejorar, cumplir y crecer. En síntesis, el trabajo, desde el evangelio del Reino de Dios, no es un castigo ni una simple necesidad económica. **Es un campo de entrenamiento para la vida real,** donde se integran pensamiento, palabra y acción. Es el lugar donde la espiritualidad deja de ser discurso y se vuelve práctica. Y en ese cruce entre lo que se cree y lo que se hace, se define la verdadera calidad de una persona. Vivir así no garantiza éxito inmediato ni ausencia de problemas, pero sí construye algo mucho más sólido: una vida con sentido, coherencia y

dirección. Y eso, en un mundo lleno de ruido y superficialidad, ya es una forma concreta de riqueza.

Posted in:Blog,Sin Categoría | | With 0 comments